

# Apuntes sobre la novela

Escribe: GABRIEL PULECIO

El hombre es un ser solitario, se precipita en su propia angustia, busca lo que no es, se debate con su conciencia. Su vida un eterno interrogante de sí mismo; se pregunta, trata de contestarse, se consume en un eterno monólogo y al final busca otros seres, trata de comunicarse con ellos, deja de reflexionar y se transmite hacia alguien.

Esta necesidad vital de transmisión le hace sacar a luz sus recónditos pensamientos, sus íntimas reflexiones; desea evadirse de sí mismo y confundirse en el mundo exterior. Necesita darse a otro, pensar como los demás y que ellos vean y piensen como él.

Así nace la novela, se crea la función del novelista. El hombre busca el contorno como un medio de fuga de su propia soledad, de su alucinante perplejidad íntima, entonces se ampara en el aislamiento, en el amor, en la amistad. Se refugia en el teatro, en el cine, en cualquier espectáculo; allí se confunde con los demás, ve sus actos reflejados en el escenario o la pantalla, contempla desfilar ante sí a sus semejantes, siente a veces la sensación de ser actor.

El mundo que lo rodea lo aprisiona y muestra otro mundo, entonces pierde su intimidad, se asemeja a los demás y al mismo tiempo huye de sí mismo y pierde su soledad.

Sin embargo en el trasfondo de su conciencia tal vez se siente más solo y el mundo que lo circunda más ajeno.

El novelista se acerca a ese hombre solitario, lo aísla de lo exterior y sus frustraciones, y lo conduce al lado de sus personajes.

El diálogo es entonces con los seres de ficción; sin darse cuenta retorna a su monólogo, se alude del mundo circundante y vuelve a su soledad compartida con el autor, vuelve a la reflexión y entra en el universo misterioso de la novela.

Desde hace mucho más de un siglo la novela ocupa en la literatura el plano más sobresaliente y en esta última época ha ejercido una misión orientadora y revolucionaria, siendo un factor importantísimo en la transformación del mundo actual.

No solamente ha producido obras de arte notables, sino que se ha lanzado a una labor sociológica y renovadora mostrando los profundos estragos de la última guerra mundial en el alma de los seres humanos.

Ha puesto de relieve la dramática transformación del hombre en sus sentimientos y sus actos; la quiebra de los postulados consagrados, la alteración de los valores dentro del conglomerado social, la angustia y la metamorfosis caótica de las costumbres; la influencia de la política sobre el futuro de la humanidad, la muerte del individualismo y el nacimiento del ser en función masiva.

La novela nos ha mostrado con colores de plástica impresionante al hombre colectivizado y la esclavitud de la igualdad; la destrucción del ser en sí mismo y como factor social, y la conversión de éste en célula de un gran conglomerado impersonal.

Toda esta historia de la transformación de la sociedad ha quedado enredada en los diferentes tipos de novelas.

Nada puede mostrar más al desnudo todos los estratos sociales, sus vicios sus claudicaciones, sus miserias y grandezas que la novela; está nutrida de vivencias humanas, de cruel realismo se ha metido dentro de la conciencia de los seres, ha explorado sus almas, ha sentido y visto sus actos inconfesables y los muestra tal cual son, como un mensaje de alerta, de reprobación o de censura; ha buceado en las reconditeces de la conciencia y ha sacado a la superficie de la bondad, la abnegación y el sacrificio.

Todo sobreagua en este mar confuso y la novela lo capta, lo pasa por el tamiz analítico del autor y de allí surgen los personajes reflejo del desequilibrado ambiente de un mundo que lucha, piensa y siente sin resignarse a sucumbir en la mediocridad y el olvido, que quiere ser historia.

La novela es uno de los pocos géneros auténticamente libres, se aparta del formulismo teórico, se adueña de todas las licencias, se fuga hacia el campo de inverosímiles audacias, incursiona en la epopeya, en la sátira o en el libelo, se esfuma en la ficción, se precipita en lo real, se desliza entre la ciencia; es a veces cruel y vívida, romántica y poética otras, se curva en el tiempo y se sumerge muchas veces en la historia.

La novela contemporánea se adentra preferencialmente en la sociología, la economía, la psicología, la ciencia ficción y por último en el simbolismo. A veces lleva un mensaje más directo sobre los problemas sociales que muchos textos de estudio, presenta a la conciencia humana infinidad de fenómenos que ésta no capta en visión directa por ser muy sutiles, o demasiado importantes; tiende a abarcar todo, a captar íntegramente las manifestaciones del ser y retransmitirlas despojadas de la nebulosa ambigüedad de los hechos mezclados.

Toma personajes definidos, nítidos y los mueve en sus escenarios auténticos. Se arremolina en arduos problemas sociales, desmenuza las incomprendiones, las aspiraciones frustradas y la angustia en la búsqueda de sí mismo, todo esto lo echa a correr por los cauces políticos y sociales y precipita por cascadas revolucionarias los anhelos y el ímpetu creador.

Otras veces transita por los arduos y duros caminos de la economía de los pueblos, refleja las ambiciones descontroladas de unos y la avaricia y sordidez de otros, señala a los traficantes, muestra la inescrupulosidad de los comerciantes, la humillante miseria de los pueblos oprimidos, la pobreza y el desamparo. Analiza y critica las causas y sus efectos, deja ver cómo el egoísmo sume en la indigencia a los débiles, evidencia los magnates dirigiendo la maquinaria del poder y del dinero, acusa implacable.

Muchas veces se hunde en la psicología y se pierde en los oscuros antros de la mente humana con sus retorcidas y sus crueldades; destaca sus perversiones y sus deformaciones. Corre el telón y deja ver el trasfondo de la sociedad corrompida e hipócrita que miente y engaña. Muestra al desnudo al verdugo y su víctima.

Otras veces retorna a la historia y se pierde en ese maravilloso dédalo apasionante y misterioso de héroes y dioses, de bajas intrigas y heroísmos electrizantes. Nos hace penetrar en

la leyenda y el mito, altera el tiempo y nos une a civilizaciones sumergidas en el olvido.

Cuenta, narra, transmite fuerza vital a épocas y gentes desaparecidas, perdidas en los rincones de los museos; infunde un soplo de vida a los muertos y realiza el milagro de la resurrección.

Nada mejor para que el hombre pueda comprender su problemática actual que la novela, lo desprende de su yo árido y cansado, de su aburrimiento cotidiano y lo envuelve en un mundo de personajes que viven y sufren como él, que triunfan y fracasan como él.

Lo lleva en alas de suspenso, de la intriga del misterio, lo consume en la perplejidad y luego le muestra algo que quizás él no había visto, o no había tenido tiempo de pensar, le enseña situaciones por él ignoradas, lo transporta a países lejanos, lo relaciona y lo hace vivir con personajes humanos como él y lo aleja del ambiente muchas veces minúsculo en que vive, para hacerlo ver la vastedad de un universo maravilloso y multiforme; le hace reflexionar y soñar, le muestra el pasado y lo concita a vivir, a pensar con una mayor amplitud, ensancha sus experiencias y lo transporta a una concepción más universal de la vida y sus sentimientos.

El novelista es el mago, el alquimista, el creador de ese mundo de misterio, de regiones pobladas, de sensaciones múltiples de facetas indefinidas, de personajes extraídos de las raíces íntimas de su ser, son sus angustias hechas hombres con la transmisión de sus sentimientos, sus alegrías, sus triunfos o fracasos. El autor va dejando en cada uno de sus libros, consciente o inconscientemente jirones de su vida, vivencias de su alma; sus libros son su existencia feliz o atormentada, ha sacado todo de sí para llevarlo al lector, para distraer sus ocios, para mostrarle el error, o hacerle sentir la verdad, para contarle lo que existe y él no ha visto ni oído; para enjuiciar a los perversos, o simplemente para mostrarle otras vidas, sus matices y sus costumbres.

El viajero contará sus andanzas, sus excursiones por regiones distantes, nos hablará de razas y costumbres, nos narrará sus viajes.

El amante nos transmitirá sus magnéticas emociones, nos descorrerá el velo de las íntimas relaciones de los hombres; ba-

jará a las tibias alcobas, a los perfumes sutiles, al búcaro de rosas sobre el velador confidente, nos contará de la luna triste y el amor frustrado, o del ímpetu y el crimen pasional; nos hará vibrar en el éxtasis del sexo o reclinar suavemente en la dulce almohada del romanticismo.

El periodista nos dirá de sus encuentros, de sus luchas, del mundo cambiante de los seres que atrapa a su paso en su vertiginoso afán de verlo todo.

El surrealista nos hablará de sus sueños, de su mundo quimérico de sus ilusiones y sus delirios, quizás de lo que no puede sentir y del vacío infinito de su alma.

El filósofo nos internará por su mundo metafísico, nos mostrará la ciencia y el análisis, tratará de revelarnos los arcanos del alma.

El historiador se fugará al pasado, nos traerá héroes, civilizaciones y lugares extraídos del mundo ausente, algunas veces nos hablará de su propia vida o de sus novelas que también son historia.

Es extraño y un poco inexplicable observar que la novela fue el último género literario en aparecer, la precedió el verso y en la prosa es la última manifestación literaria.

La novela como toda expresión de creación ha ido evolucionando y adaptándose a las diferentes mutaciones de la humanidad. Vemos por ejemplo la novela clásica que se caracteriza por ser un relato corto, donde se dice estrictamente lo esencial y se analizan y estudian los instantes de una crisis psicológica o sentimental; en su desarrollo intervienen pocos personajes, se aparta de toda descripción del paisaje, o del ambiente, no desciende hacia lo íntimo de sus protagonistas, ni se interesa en lo más mínimo por los detalles personales de estos. Nótese que en la novela contemporánea justamente la intimidad de los protagonistas, el ambiente en que se mueven y aun los detalles físicos de ellos son sumamente importantes. La novela de principios del siglo pasado se caracterizó por ser esencialmente imaginativa, sus personajes un poco fantásticos, sus temas con inclinación a la aventura, los actores muy teatrales a los cuales se les hace atravesar frecuentemente un laberinto de peripecias y acontecimientos que los llevan a tramas apasionantes.

Este tipo de novela poco se detiene a profundizar las emociones o íntimos sentimientos, interesa más que todo, el impacto, el golpe de efecto, tratando siempre de intrigar al lector en espera del ansiado y previsto desenlace. El novelista creaba sus personajes y los encasillaba en buenos y malos, por lo tanto a veces se deshumanizaban y se hacían inverosímiles, los buenos triunfaban siempre, después de la eterna lucha contra el mal; los malos sucumbían bajo el peso infalible de la justicia.

Se enunciaban problemas y se trataban en lo posible en su forma externa, era una narración plana, sin dimensión, no se quería ver el trasfondo de la intimidad, los personajes actuaban casi siempre en un escenario imaginado por el autor.

La novela histórica no ha tenido época, siempre su misión ha sido en una forma u otra, acercarnos al pasado, traernos los personajes y los hechos, sin la frialdad que estos tienen en sí mismos; mostrarnos las personalidades sin tanta solemnidad, humanizar los héroes, hacerlos accesibles a nuestra simpatía, casi a nuestra intimidad, despojarlos de la epopeya rígida de la historia pura y dejarnos verles las facetas más humanas y simples, y en su narrativa hacernos conocer descripciones y paisajes.

Cuántos hechos históricos, cuántos héroes serían ignorados por el grueso público, por el hombre atareado de hoy, si la novela no hubiera incursionado en la historia para brindar al lector en forma amena y novelada episodios del pasado.

A fines del siglo diez y nueve y principios de este siglo, surge pudiéramos decir otro tipo de novela, la novela social. Es cuando el mundo empieza a alejarse de sus viejas estructuras, surgen inquietudes sociales, la organización social de los pueblos cambia sus sistemas, las religiones se hacen anacrónicas, las crisis políticas se lanzan en una dominante horizontal sobre la civilización y se precipita la humanidad en la hecatombe de la Primera Guerra Mundial.

Ha muerto la "bella época", surge un fantasma que será una posterior realidad, el comunismo. Se rompen ataduras de un pasado histórico, las clases proletarias hablan de democracia de igualdad, de gobiernos de origen popular, resurge con todo su calor el adormecido himno de: Libertad, igualdad y fraternidad. Al estampido de los cañones en Verdum se estremece el mundo y la historia abre nuevos cauces, cauces de sangre, de impaciencia, de renovación.

Ha finalizado un ciclo y empieza otro, este traerá verticales transformaciones y abrirá senderos imprevisibles para un nuevo concepto de civilización, de sociedad, de religión, de vida.

Allí está el novelista: cuando se presiente el derrumbe, anunciando, mostrando la enfermedad que llevará a la muerte, mostrando la incapacidad y la imprevisión; señalando la descomposición de un conglomerado humano que fracasa y naufraga en sus propias corrientes.

Emilio Zolá, Barbuse, Dostoievski, Zamacois y tantos otros, llamados racionalistas, reflejaron en sus novelas, dramas vividos, humanos.

Se desciende del escenario imaginado por el autor, y se empieza a deambular en los bajos fondos, en las vidas de los oprimidos, en la sociedad en descomposición.

Como un huracán de otoño el viento barre las hojas acumuladas en veinte años de paz. Es el nazismo, es la llamada raza superior, es la soberbia, es la crueldad y la destrucción que cae sobre el mundo occidental.

La civilización sucumbe en un caos inmenso, se ha abierto una nueva dimensión, el ser humano pierde la noción de sí mismo y se abisma ante lo inaudito. La tabla de los valores consagrados se ha barajado, las estructuras sobre las cuales se sustentaba la humanidad se han resquebrajado y están a punto de convertirse en ruinas, odio, destrucción y muerte, este es el símbolo que dividirá a los hombres, este es el germen que seguirá destruyéndolos después de las batallas.

Se han relajado los resortes morales, la vida ha perdido su anterior sentido, no interesa sino hoy, el mañana no existe, es de otros, todo es ajeno, solo el instante presente es nuestro.

Aquí está el novelista contando con infinita angustia los hechos inconcebibles de la guerra, mostrando el horror de los campos de concentración, las espantosas matanzas de judíos; desnudando toda la fealdad del alma humana y sus míseros sentimientos. Revelando que el hombre lleva siempre en sí mismo un asesino y un ladrón y solo basta que la guerra rompa ese dique convencional que lo ata a la sociedad civilizada para que dé rienda suelta a sus pasiones reprimidas y se olvide de los milenios transcurridos retornando al ser primitivo de las cavernas.

Allí está el periodista captando en los campos de batalla la demoníaca destrucción, contándonos lo que por azar del destino nuestros ojos no vieron o nuestros sentidos no sufrieron, pero que otros menos afortunados si padecieron y que es necesario que sepamos.

Más adelante está el psicólogo bajando al fondo de las almas torturadas sin redención que se espantan de su propia imagen, mostrándonos los estragos incurables de sus llagas. Y el sociólogo hablándonos de una sociedad torpe que en su imprevisión, su frialdad y su mediocridad, lanzó al hombre a este infierno de destrucción, señalando los errores, acusando.

Sus novelas se inspiran en escenarios, auténticos, ellos son la calle, el taller, la buhardilla, la casa de inquilinato; no será ya un espectador que mira desde la platea, ahora será un nuevo actor que levanta los techos de las habitaciones y se asoma a ellos para ver los seres en la intimidad, desnudos, ebrios de placeres y de vino, en medio de sus sórdidas pasiones y sus miserias infinitas; o se asoma a las ventanas entornadas para espiar al burgués advenedizo y vulgar que juega al hombre de mundo, o se hace llamar financista o político; lo observa a través de las lujosas cortinas malgastar el dinero mal adquirido en ridículos lujos de falso aristócrata, sin escrúpulo ni conciencia.

Ve al medio pelo enriquecido, despótico y jactancioso, desertando de la que fue su clase y humillando al desposeído.

También mira por el ojo de la cerradura para atisbar al maleante fraguando sus atentados y sus crímenes. Se rozará con el desesperado, con el colérico, con el incomunicado, con el vencido, vivirá con ellos en esa comunidad sin fronteras, en esa sociedad colectiva donde no hay otra ley que la del más fuerte, el más rico, el más influyente o el más audaz.

Aquí está la novela contemporánea. Estos son sus argumentos, estos sus protagonistas; no es necesaria mucha imaginación para crear personajes de ficción, ellos están con nosotros, nos siguen como nuestra sombra, somos nosotros mismos que en sí llevamos algo de horror de todos ellos.

No necesitamos ir lejos para hallar la escenografía, está en la misma calle, en la taberna, en cualquier lugar, no tenemos más que estirar la mano y la podemos tocar, no es necesario buscar artistas, basta detener en la calle a cualquier transeúnte:

la mecanógrafa, el vendedor ambulante, el que maneja el ómnibus, el que vende diarios, o el pseudo oligarca engomado. Todos ellos son actores, ninguno es bueno ni es malo, ninguno es heroico ni demasiado cobarde, todos son mediocres; son hombres de una sociedad de masas, de una sociedad de consumo, como cada uno de ellos hay millones.

Se dice que la novela actual es cruda, quizás cruel, que es a veces inmoral o pornográfica. No lo creo, es sencillamente real; se aduce que sus descripciones no tienen belleza, ni sus paisajes sugestión y hermosura, ni se habla de los sutiles perfumes de antaño, ni del delicado equilibrio de un vals. Puede ser: pero yo pregunto: ¿dónde están esas sutilezas en esta era de vulgar torpeza, de desenfrenada ambición y de lucha por el mísero pan cotidiano?

El novelista cuenta lo que ve, se sumerge en el mundo exterior, lo siente, lo vive y se lo devuelve al lector.

La novela como una fuerza errante y libre se aparta de todas las reglas, no acepta leyes, todo le es permitido; no así los demás géneros literarios que están restringidos por su naturaleza misma sin poder apartarse de sus reglas por temor de perder su verdadero sentido y apariencia.

La novela permite al autor vagar por nuevos cauces, tomar dimensiones y formas variadas según la capacidad y versatilidad que pueda emplear. Cualquier forma que elija para narrar los hechos, cualquier punto que determine en su relato para empezar, cualquier estilo que prefiera, desde el mesurado y descriptivo, hasta el vibrante y apasionado, desde el simple y llano hasta el poético y romántico.

La novela no es arte, no se atiene a las formas, va al sentido de las palabras. Algunas veces puede mezclarse al arte, pero no es su función, va a todos los públicos no a un público reducido, ansioso de forma y estética, sino a un público que se busca en sí mismo; a un lector que necesita ver su vida proyectada en los personajes de la novela; no se dirige a determinadas clases sociales, ni profesionales, ni tiene en cuenta edad, ni raza, ni estado, va a un público que necesita la novela para hallar ese universo que desconoce pero intuye; en el que quizás quisiera vivir, para palpar con las pasiones de los protagonistas, para saciarse con el éxtasis del amor.

La novela contemporánea es más social, más novela, no se aparta de lo que el hombre indaga, de lo que precisa, de lo que le está vedado, se inspira en lo positivo en las vivencias diarias, en los sentimientos que todos quieren conocer o sentir; está al alcance de todos dentro de una sociedad contenida, cargada de tensión, sin tiempo para el refinamiento y el arte, sin profundidad, ni erudición.

La novela le da muchas veces la causa de su frustración, en sus personajes ve su propia mediocridad, en sus héroes lo que quisiera ser. La novela conduce y alivia en su confusión a los que han perdido la paz o la juventud y le sirve de consuelo o sosiego en su exaltación.

El verdadero alcance de una novela está en razón directa de la relación que logre establecer entre el autor, los personajes y el lector, transmitiendo a este en toda su intensidad sensaciones o sugiriéndolas sutilmente, al mismo tiempo que caracterizar los personajes con la exactitud necesaria como para que a través de las páginas de la novela, la expresión de errores humanos, con sus angustias e inquietudes, sea lo suficientemente real y objetiva que no se preste a diferentes interpretaciones y vaya en forma directa a la mente del lector.

Las escenas deben ser fotográficas, casi plásticas, los protagonistas tan humanos que se viva en ellos y a su vez ellos transmitan la esencia misma del autor.

Intentar clasificar la novela es tarea más que imposible, sus tendencias y funciones se entremezclan; dentro de la novela psicológica se encuentran a veces personajes fantásticos, problemas sociales, fugas hacia la historia, descripciones y paisajes. En la novela de aventuras o de viajes se penetra en el estudio de situaciones sociales o en análisis psicológicos de los diferentes personajes. Así, pues, toda clasificación es arbitraria.

Podríamos distinguir diferentes técnicas en la novelística: el género epistolar que se empleó principalmente en el siglo dieciocho, procedimiento que aún se usa y tiene recursos maravillosos para poder crear situaciones dándole movimiento y variedad a un argumento. Cuantas veces una carta hallada en un viejo ropero, o en un olvidado rincón del cajón de un escritorio transmite al drama extraordinaria intensidad; es pues muy común mezclar esta técnica con el monólogo o el relato.

Al intentar clasificar la novela se ha olvidado la naturaleza misma de ella, que en su extraordinaria libertad se diversifica en tantas formas cuantas sea capaz de crear el genio del escritor. No teniendo límites de época, de paisaje, ni de tiempo, sus personajes pueden ser tantos cuantas motivaciones puedan crearse.

El autor teatral por ejemplo está limitado a un escenario y a determinados actores y a una escenografía. El novelista no tiene límites; sus personajes están más allá de su ser cuando traspone las fronteras de lo tangible, penetra en el más allá y hace el milagro de hacer hablar a los Dioses o a los muertos. Se extasía en los deleites de la vida eterna y desciende también a los abismos del infierno.

La acción de la novela puede ser lenta, descriptiva, vertiginosa o violenta; puede tener por escenario el universo o simplemente estar dentro de las cuatro paredes de una habitación. Sus personajes pueden recorrer toda su existencia a través de la novela, o esta puede recoger solamente veinticuatro horas de su vida. No importa el espacio, la novela es dueña del tiempo.

Al analizar su extensión se podría dividir en tres partes. La extensión social, que contempla los diferentes ambientes humanos, la vida y las relaciones de los personajes con sus semejantes, los lugares donde se desarrolla la acción y su influencia sobre ellos.

La extensión temporal donde se determina el ciclo, o la época en que transcurre la acción, esta puede ser tan vasta como quiera el tema o argumento; inclusive abarcar varias épocas, varios períodos de la civilización, como también puede desarrollarse en el curso de unas pocas horas de la vida del protagonista.

Finalmente la extensión espacial que indica la distancia entre los lugares que recorren los protagonistas; las novelas de viajes y aventuras tienen un espacio ilimitado, se trasladan dentro de un ámbito vastísimo, en cambio las novelas psicológicas o las sociales muchas veces se desarrollan en una ciudad, en una casa, en una fábrica, o en cualquier lugar reducido. Podríamos determinar dos elementos muy importantes en la relación del autor y el mundo que lo circunda; el que se refiere a la capacidad realista de contar un episodio fantástico, y a su vez poder presentar en forma fantástica un episodio real y prosaico y la forma en que el autor determina la función de sus personajes en la narración, bien

siendo él, el narrador, o uno de sus personajes, o también el protagonista.

Cuando el autor relata tiene más posibilidades imaginativas, tiene más recursos para apoderarse del lector. A la vez que sigue los actos de sus protagonistas, penetra en sus conciencias y en sus sentimientos, para luego mostrarlos.

En esta forma el novelista ha denominado al personaje, le pertenece íntegramente, está dentro de él, cuenta sus pensamientos, sus deseos, hasta sus sueños, revela sus reacciones íntimas.

Cuando uno de los personajes relata lo que realiza el protagonista, también tiene un amplio campo de acción, aun cuando más limitado que en el caso anterior, por último cuando habla el propio protagonista; en este caso tiene más limitaciones y su relación requiere mayor sutileza y hábiles recursos para llegar al lector con toda amplitud y densidad. Por otra parte y esto está en su favor, siendo el protagonista quien se acerca al lector para vivir en el presente las situaciones, logra transmitir más emociones y le da fuerza mejor a sus vivencias; en este caso el relato se llena de "interioridad" y las pasiones, las angustias, los sufrimientos que padece el héroe, son llevados directamente al lector; vive las aventuras y capta en forma directa el mundo en que se desarrolla la acción, el monólogo interior siempre es más dramático, más emocional.

Frente a una sociedad en desintegración, en una etapa cíclica de transición. Cuando el hombre se asoma abismado y alucinado al descubrimiento de nuevos mundos, de nuevos sistemas de destrucción, que quizás aniquilaran el suyo. En momentos en que la civilización avanza inexorablemente, sin saber si va hacia la felicidad o hacia la ruina; cuando el ser humano se aleja de toda tradición, abandona a Dios precipitándose en la búsqueda febril de lo excitante, lo desconocido.

Tal vez en ninguna otra época ha tenido el novelista una mayor responsabilidad. En su función creadora no debe apartarse de su carácter esencial de hombre, ni dejarse influir por la ambición de éxito fácil o por la propia vanidad.

En su tarea de novelista tendrá que acercarse a sus semejantes, tratar de bajar hasta su soledad, tratar de hallarlos en su incomunicación y llevar en su novela un mensaje humano; alegre o triste, dramático y divertido. No importa. Simplemente un men-

saje que identifique al autor con sus personajes, para que estos puedan transmitir al lector, lo que este busca.

Para ello es necesario que el escritor traslade su alma a sus personajes, les dé sus propias experiencias.

El público actual no siente, ni le llegan los personajes de ficción, ni las situaciones inverosímiles de imaginación, ni los héroes sofisticados. Necesita seres auténticos, escenarios reales como su propia vida.

El novelista no debe abandonar a su lector, debe influir en él; cuando este cierre el libro, debe dejarle algo, causarle inquietud, hacerlo pensar, recordarle sentimientos tal vez olvidados, mostrarle sin eufemismos la cruda realidad del ambiente, la sociedad en que vive, los peligros que lo circundan, las pasiones y sentimientos ocultos de los hombres y sus consecuencias.

Llevarlo por los recónditos confines de la historia, para que pueda comparar y apreciar su época o precaverse contra ella.

Lanzar su mente solitaria por regiones distantes para alejarlo de su propia infelicidad.

La novela es eterna, inmortal. Mientras más solo esté el hombre más necesitará de ella y si lo oprime y aprisiona el contorno, su única evasión será la novela.